CAPITULO XIV.

DE COMO LAS NOTICIAS DE CELSO ACERCA DE LA CASA DE CÁRLOS, ERAN FIDEDIGNAS.

LOS lectores que hayan tenido la amabilidad de leer nuestras anteriores novelas nos perdonarán que nos ocupemos de dar en este capítulo algunas noticias de Chona, de Cárlos y de Salvador; personajes conocidos ya, excepto de los que por primera vez nos favorecen leyendo el presente libro.

Cárlos es, como dijo muy bien Gomez, el dueño de la hacienda grande, en la cual Gomez en su calidad de mayordomo se acreditó en un tiempo de hombre honrado.

Chona es la esposa de Cárlos, es una señora aristocrática, elegante y severa, y ama por primera vez, á pesar de su estado, á Salvador, jóven elegante, rico y natural de Buenos Aires.

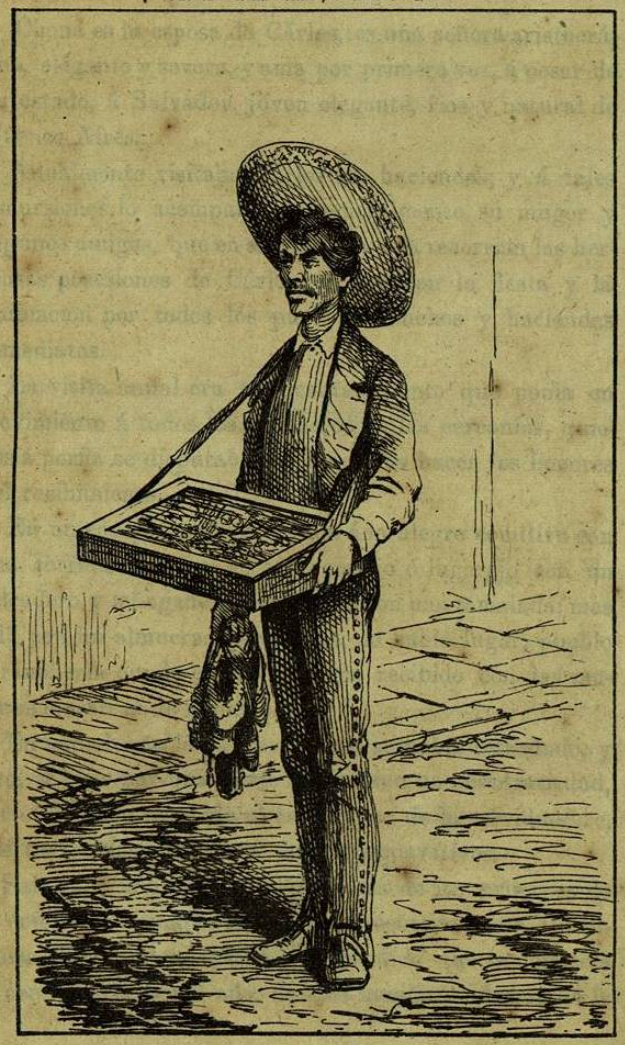
Anualmente visitaba Cárlos sus haciendas; y á tales escursiones lo acompañaban generalmente su muger y algunos amigos, que en alegre caravana recorrian las hermosas posesiones de Cárlos, y llevaban la fiesta y la animacion por todos los pueblos, ranchos y haciendas inmediatas.

La visita anual era un acontecimiento que ponia en movimiento á todos los rancheros de las cercanías, quienes á porfia se disputaban el placer de hacer los honores del recibimiento.

En un rancho recibian un dia á la alegre comitiva con una corrida de toros; en otro cortijo ó lugarejo con un coleadero y manganeadero; en otro con una tamalada; mas allá con un almuerzo; y en suma, no habia lugar, pueblo ó ranchería donde el amo no fuera recibido con las mayores muestras de regocijo.

En aquel año la visita del amo se habia retardado, y esto, si bien por una parte habia sido una contrariedad, por otra habia acrecido el entusiasmo de la servidumbre, que tuvo ocasion de hacer dobles preparativos.

Salvador, invitado por Cárlos, era de los primeros de la comitiva; y aunque se habian presentado hasta allí algunas dificultades, estaba casi decidido que la comitiva se compondria aquel año, de tres familias, ademas de la



Angulo.

de Cárlos; y como iba á estrenarse la capilla de la hacienda, reedificada y hermoseada notablemente con una obra que habia durado un año, se dispuso que un sacerdote formara parte de la expedicion; en virtud de lo cual se iba haciendo necesario cada dia, hacer nuevos preparativos.

Se contrató una orquesta, se ajustaron cantantes y pianistas para todos los dias que habian de durar las fiestas.

Los criados de la casa de Chona, quienes por cuenta de sus salarios acababan de recibir una buena suma, para hacer por su parte sus preparativos, compraban todo el dia anillos, pendientes y cuantas chácharas y baratijas les venian á las manos.

El surtidor especial de la servidumbre de la casa, era un varillero de alta estatura, delgado y nervioso, de mirada penetrante y labios delgados; tenia buenas maneras y mucha verbosidad y afluencia para lograr por ese medio colocar sus mercancías.

Este varillero se llamaba Angulo; habia recorrido á pié toda la república, y se preciaba de conocer á todos los *mañosos*.

Angulo habia nacido comerciante, y tenia todo ese aplomo en el mentir y toda esa sagacidad china para el embuste y la cábala; sabia ganar un quinientos por ciento en objetos totalmente declarados *mulas* en el comercio; hacia cambios ventajosísimos, y comerciaba algunos dias de la semana en cambiar loza por ropa vieja; no porque este comercio fuese de su principal inclinacion, sino por-

que esto le proporcionaba poseer prendas de vestuario de todas clases y usos, sin inspirar sospechas.

En efecto, Angulo compraba prendas robadas, sin maldita la aprension; y la policía nunca sospechó, ni aún pensó en catear la casa de Angulo, pues se le conocia como cambiador de trastos por ropa usada.

En la casa de Angulo se confundian los botines de un asesinado con otros cambiados por un pozuelo; y la levita de un desbalijado se convertia en toquillas á la mañana siguiente ó en cortes de babuchas y botines que la muger de Angulo *aparaba* y vendia á los zapateros pobres.

Angulo conocia á todos los viandantes, á todos los italianos tocadores de organito, á todos los peajeros y á las autoridades de muchos pueblos.

Iba de feria en feria, de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, desde México hasta el Saltillo; desde el Saltillo hasta Morelia; desde Morelia hasta Veracruz.

Para caminar libremente con garantía para su ancheta, habia tenido que encompadrar con los compadres, á quienes prestaba importantes servicios; todo lo sabia Angulo, todo la averiguaba, y sus largas piernas de cobre le servian para devorar leguas como cualquier locomotiva.

Rascaba en la ciudad y desembuchaba en el campo; y allí, á la sombra de algun árbol, ministraba á los compadres valiosos datos y hacia graves denuncias.

Por eso los compadres le llamaban el *Raton*. El raton hacia agujeros en las casas: solo que en vez de dientes roedores, empleaba las baratijas y los collares; inocentes vínculos que lo ligaban, entre otros lazos, con el del amor en mas de una cocina, de donde ademas de las dulces ilusiones de unos amores semiculinarios, sacaba fidedignas é importantes noticias para Gomez y otros de su calaña.

Los hombres como Angulo son nuestros judíos; solo que su religion y sus costumbres difieren de las de aquellos.

Angulo habia logrado hechizar á la galopina de la casa de Cárlos, que era, como se dejará entender, su mas constante consumidora de baratijas.

Del fondo de este amor brotaba la fuente de las grandes noticias, y de las denuncias en las cuales se jugaba la honra, la reputacion, la vida y la fortuna de una familia; pero ese era el precio del salvo-conducto de Angulo, quien mas de una vez se vió precisado á aceptar las albricias de un buen soplo.

El varillero penetraba hasta la cocina con permiso del portero, que se llamaba Santos, y era un viejo soldado inválido, y quien en lo mas recóndito de su conciencia honrada, se reprochó mas de una vez su debilidad por haber dado entrada á Angulo.

—No me gusta este hombre, decia Santos en su cuarto á su entenada; ha de ser mañoso, tiene una cara y unos modos que no me gustan; y luego esa cicatriz que se cubre con el cabello..... Yo no sé, yo no sé, murmuraba el viejo, pero el tal varillero me parece un pájaro de cuenta,

Los refunfuños del viejo portero habian sido ya causa en la cocina de serios disturbios y de hablillas incesan-

tes, á las que Angulo ponia término prudentemente dejando de ir á la casa por algunos dias.

Ya no le cabia duda al Raton de que la familia no tardaria en ponerse en camino.

Estaban dispuestos cinco carruajes, y entre ellos el fáeton de Salvador; caballos de silla, dos carros con equipajes, comestibles, vinos, camas y todo cuanto pudiera apetecerse en materia de comodidades.

El padre capellan estaba ya provisto de la respectiva licencia eclesiástica; las criadas se habian confeccionado enaguas vistosas, y habian comprado rebozos de bolita.

La galopina veia acercarse el cruel momento de separarse del varillero; pero este no vaciló en jurar que la seguiria con todo y ancheta hasta el fin del mundo; y este juramento de amor tenia tanto mas fundamento, cuanto que Angulo tenia la obligacion de anticiparse á la familia en su marcha, para estar oportunamente en los terrenos de la hacienda grande.

La galopina acabó de perder el juicio al recibir esta prueba palmaria del amor de Angulo; de manera que la despedida fué larga cuanto tierna y apasionada; se repitieron los juramentos, y el varillero, en un arranque de liberalidad y de entusiasmo, no vaciló en regalar á la galopina los mejores aretes de la vidriera, que eran unos falsos camafeos con bustos griegos.

Entretanto, Salvador y Chona ocupaban en la sala el lugar de costumbre; quiere decir, Chona estaba sentada en el sillon, cuyo respaldo daba al balcon, y dando segun

hemos dicho en el libro anterior, la cara á un magnífico grabado que representaba á Daniel en presencia de los leones.

—Un cuadro mas variado y mas digno de nuestro amor nos espera, Chona, decia Salvador; ya me cansan los salones y me sofoco sobre los resortes de los muebles; tengo no sé que dulce ansiedad por que llegue el momento de contemplarte cuando la naturaleza dibuje un fondo de paisaje digno de tu figura y de tu amor; me siento poeta, Chona; hoy empiezo á comprender todo lo que cien veces he despreciado en los versos.

—¿De veras? preguntó Chona cariñosamente.

—Sí, Chona; anoche leí versos.

—¿Tú?

—Sí, Chona; versos que me hicieron un bien, porque encontré en ellos mucho de lo que yo quisiera decirte, y que no he sabido decir; y por la primera vez me estoy figurando que ha de ser delicioso amarte en el campo; me parece que los cielos tachonados de estrellas, que las mañanas frescas y brillantes, que los campos todos con su agreste pompa y sus encantos misteriosos, nos esperan, nos llaman para saludarnos, para hacernos ver que ellos solos deben ser los testigos de nuestro amor, que á ellos solamente debemos confiarles nuestros dulces secretos y nuestras íntimas alegrías. Sí, Chona, desde que te amo tanto, me parece estrecho el mundo y mi amor busca á tu lado un horizonte digno de él, porque mi amor es el eslabon de una cadena cuyo extremo se pierde en el infini-

to; y allá, en el mundo de la luz y de la eternidad, es donde el Dios de los espíritus libres va á ceñirnos la corona de eternos desposados; entretanto espero, y la esperanza es tan grata, que me anima en mi tránsito por este mundo, en donde solo nos preparamos al gran viaje de ese gran camino del que ya no podrá separarnos ni el destino ni el hombre.

—¡Qué feliz eres con tus ilusiones, y cuanto siento no haberme vuelto por fin, como tú, espiritista!

—¡Con mis ilusiones! exclamó Salvador, ¡llamas ilusiones á la luminosa revelacion, á la verdad descubierta para mí por medio del soplo imperecedero del espíritu! ¡ilusion á lo que es tan palpable! Pero llámale ilusion, y sueño, y fantasía: ya sabes que me he impuesto el deber de no obligarte á pensar como yo, porque sé que al fin aceptarás esto de que muchas veces te burlas, y que para mí es el dogma de los espíritus fuertes, que saben elevarse sobre las viejas ruinas de la tradicion y sobre las esferas de la sombra.

—No sé todavía, dijo Chona con aire de tristeza, hasta qué abismos podrá conducirnos este amor insensato.

—Yo sé hasta qué cielos vamos, y en qué abismos vivimos; y mido la pequeñez de nuestros imposibles del mundo, de nuestras mezquinas contrariedades, como abarco los inmensos horizontes en que nuestro amor, un dia sin trabas, desplegará sus alas para atavesar el eden de los que se aman como nosotros. ¿Qué importa un sacrificio mas? ¿Qué importa un dia en nuestra carrera eterna?

—¡Eterna! ¿Y si es de penas?

—¡Jamas! El Ser omnipontente no formó los seres superiores, para hacerlos perecer en el eterno círculo de las destrucciones: el hombre es la tangente de esos círculos precisos, trazados por una mano sábia para mantener las reproducciones por medio de la inmolacion constante; ¡pero nosotros! ¡pero tú tan pura y tan grande, tan espiritual y tan inteligente, tú, perderte en el aplastamiento vulgar de los seres sacrificados á la ley que todo lo consume para mantener al hombre? Jamas, Chona, jamas: yo creo en la pluralidad de los mundos; esos millones de globos que cintilan son mundos habitados, mundos tal vez de maravillas; mundos mas antiguos que la tierra y mas perfectos; mundos donde la ciencia sea el elemento espiritual, y la última perfeccion el premio inmortal: humanos aquí, pasaremos espiritualizados á ser ángeles allá, para quienes no habrá distancias ni barreras, sino la luz divina por númen, el universo por morada, la verdad por creencia y Dios por alma.

Allá, Chona, allá nos amaremos, allá está la felicidad y la vida verdadera; aceptemos aquí nuestro purgatorio y nuestra cruz, nuestra purificacion y nuestro voto, pero con la llave de nuestra fé mas pura que nos abrirá el paraiso.

La mirada de Salvador ejercia ya un poder magnético sobre Chona, y cada vez que Salvador la imponia silencio solo con la fuerza de su voluntad, Chona se sentia embargada y enteramente á merced de aquel influjo so-

brenatural, al que jamas pudo resitir ni con toda la fuerza de su conciencia estremecida, ni con el poder físico de sus acciones y movimientos.

Cuando Salvador no podia vencer del todo con la fuerza de la lógica, los escrúpulos de conciencia de Chona, recurria á inundarla con el fluido de su poder magnético, y Chona acababa por entregarse á un éxtasis de amor, cuya duracion solo Salvador calculaba.

Acababa Chona de entrar en uno de esos éxtasis, estaba con la mirada fija en Salvador, y en sus labios se dibujaba una sonrisa tranquila de apacible bienestar.

Salvador tomó entre las suyas una de las bien modeladas manos de Chona y la llevó á sus lábios.

Imprimió en ella un solo beso, y la bajó lentamente para depositarla en el regazo de Chona.

Habia en este movimiento de Salvador un sentimiento tan puro de castidad y de respeto, que se podia afirmar que le era repugnante y despreciable el abuso.

Salvador contempló á Chona por largo tiempo, pero con una atencion tal, que se hubiera dicho que no se habia interrumpido la conversacion del pensamiento.

Así permaneció mucho tiempo hasta que notó que la respiracion de Chona se hacia fatigosa, y casi de una manera imperceptible dijo Salvador:

—Despierta..... Despacio, murmuró en seguida, y articulaba palabras que parecian incoherentes y como si con ellas estuviera completando períodos que Chona pensaba mas bien que decia.

En seguida, era Chona ya, y no Salvador, quien decia de vez en cuando una palabra.

Era que Salvador evitaba las transiciones, y tenia el poder de hacer volver á Chona á la vida real, pasando de esta al sueño magnético y del sueño á la vida, casi sin apercibirse de ello.

—¿Qué tienes? preguntó cariñosamente Salvador al cabo de un rato.

—Una cosa rara, contestó Chona.

—¿Qué es ello?

—Siento con tu mirada algo que me parece un sueño; hay en tus ojos como un desvanecimiento, y aún me parece que llego á estar callada un largo rato.

—¿Eso sientes?

—Sí.

—¿Y lo has sentido ahora?

—Sí. ¿No es cierto que he estado callada largo tiempo?

—No, Chona; nuestra conversacion se ha mantenido sin interrupcion; has hablado, te he contestado, y yo no he notado nada.

—¡Qué cosas tan raras me pasan! pero no puedo explicarlas: yo las comprendo, pero á medida que me esfuerzo para decírtelas, me sucede lo que con esos sueños que le dejan á uno una impresion agradable; pero que mientras mas luchamos por recordarlos, se pierden mas y mas á medida que despertamos y á medida que nos empeñamos en que no se nos escapen las imágenes.

—Las excitaciones nerviosas, dijo sencillamente Salva-

dor, producen á veces cortos deslumbramientos pasajeros, en los cuales sufre la memoria algunos cambios y estravios; pero no hay que fijarse en esos pequeños cambios, si no queremos hacerlos notables y sensibles, cuando sin fijarnos en ellos pueden muy bien pasar desapercibidos.

Cárlos, contra su costumbre, apareció en la sala de improviso.

CAPITULO XV.

DE COMO LA APARICION DE UN GATO NEGRO TRAE UN AVISO DE PARTE DEL DEMONIO.

En los lábios de Salvador se estereotipó esa afectada afabilidad del falso amigo.

Chona sintió un vuelco en el corazon, como al influjo de un toque eléctrico.

Y Cárlos tuvo que hacer saliva para poder emitir la voz.

Todo esto pasó al traves del mas perfecto disimulo.

—La lista de los convidados asciende á diez y ocho, dijo Cárlos tan luego como sus glándulas secretaron la